

# Lo continuo y lo discreto

## Filosofía y clínica de la demencia psicógena

Juan Argañaraz<sup>1</sup>

Recibido: 3 de octubre de 2022  
Aceptado: 25 de marzo de 2023

---

**Resumen.** El presente trabajo expone y aborda el debate acerca de si el universo es continuo o discreto. Este problema está incluido de modo implícito en la filosofía crítica postkantiana desde el momento en que ella critica y rechaza los juicios sintéticos a priori de espacio y tiempo kantianos, sosteniendo en cambio que son aprendidos por la experiencia. Desde J. F. Herbart, Helmholtz, E. Mach hasta S. Freud, se comparten éste y otro conjunto de conjeturas y una agenda de problemáticas, pero no se explicita ni aborda en esa agenda común una consecuencia: sin juicios sintéticos a priori el universo sería un continuo cuya aparente discreción se constituye por la experiencia. Tratamos ese problema a partir del fenómeno clínico de la demenciación de los pacientes con esquizofrenias, analizando las consecuencias filosóficas que conlleva la conjetura de que esa demencia es psicógena, causada por la destrucción de las representaciones que sostienen la apariencia de un universo discreto.

**Palabras clave:** kantismo, esquizofrenia, psicoanálisis, demencia.

**Title:** The Continuous and the Discrete: philosophy and clinic of psychogenic dementia

**Abstract:** This paper exposes and addresses the debate about whether the universe is continuous or discrete. This problem is implicitly included in post-Kantian critical philosophy since it criticizes and rejects the a priori Kantian synthetic judgments of space and time, sustaining instead that they are learned by experience. From J. F. Herbart, Helmholtz, E. Mach to S. Freud, this and another set of conjectures and an agenda of problems are shared, but a consequence is not made explicit or addressed in that common agenda: without a priori synthetic judgments the universe would be a continuum whose apparent discretion is constituted by experience. We address this problem from the clinical phenomenon of dementia in patients with schizophrenia, analyzing the philosophical consequences entailed by conjecture for this dementia is psychogenic, caused by the destruction of the representations that support the appearance of a discrete universe

**Keywords:** Kantianism, schizophrenia, psychoanalysis, dementia.

---

*Estoy tratando de resumir todo el problema a nuestro no entender la función de la palabra “yo” (y “esto”)*

—L. Wittgenstein (1968. p. 307)

### Introducción

El presente trabajo constituye una completa y profunda reformulación de uno previo expuesto en un Simposio de 2003. En aquel momento el objetivo del trabajo era fundamentar la posibilidad de una “demencia psicógena”, es decir, de origen no orgánico como lo son las demencias seniles,

---

<sup>1</sup> Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba, Argentina.

✉ [juanarga@gmail.com](mailto:juanarga@gmail.com) |  [0009-0009-3305-181X](https://orcid.org/0009-0009-3305-181X)

Argañaraz, J. (2023). Lo continuo y lo discreto: Filosofía y clínica de la demencia psicógena. *Epistemología e Historia de la Ciencia*, 7(2), 5–26.

<https://revistas.unc.edu.ar/index.php/afjor/article/view/38859>



vasculares, de Parkinson, de Alzheimer, etc. Con ello, podía separarse la demencia de las esquizofrenias –hebefrénica, simple, catatónica y paranoide– cuyo estadio terminal es demencial y siempre hizo presumir e investigar un origen orgánico y neurológico. En aquel trabajo, al realizar nuestra confusa argumentación, y con la limitación de cantidad de palabras típico de estos eventos, nos encontramos exponiendo cuestiones relativas a Wittgenstein y la filosofía del lenguaje, el infinito denumerable y no denumerable de Cantor o a J. S. Bach y la escritura musical, junto al origen de las representaciones psíquicas. Es decir, un conglomerado de problemáticas que terminaban afectando áreas muy lejanas a nuestra experticia: la clínica, la psicopatología y el psicoanálisis. El trabajo no encontró objeciones o críticas, pero tampoco repercusiones, y menos aún ayuda para desarrollar sus términos o consecuencias. Para los clínicos resultaba condensado, complejo y relativamente inútil. Sin embargo, en la exposición del Simposio, levantó la mano un admirado, y temido, Profesor de Filosofía de las Matemáticas e hizo un comentario que nos orientó: “Usted está renovando una vieja polémica que se remonta a Leibniz acerca de si Dios creó un universo continuo o discreto”. (Ver, por ejemplo, Iommi Amunátegui & Schiavetti Rosas, 1985/2016). Muy lejos estábamos entonces de poder mensurar la cantidad de consecuencias que nuestro abordaje podía llegar a tener para la clínica, la filosofía y la filosofía de la ciencia. Efectivamente ensayábamos una fundamentación de la demencia psicógena partiendo de una conjetura contraria al sentido común, compleja y ahíta de consecuencias: el universo es un continuo. Es decir que, en sí mismo, no está constituido por unidades o elementos discretos que podemos reconocer como diferentes entre sí, sino por una confusa masa de percepciones en la que aprendemos, en la crianza y la experiencia común de los colectivos humanos, a discriminar elementos, partes, unidades o totalidades relativamente provisorias.

Ya en aquel trabajo hacíamos un contrapunto entre las esquizofrenias y otra patología, el Autismo infantil de Leo Kanner que, a la inversa que las demenciación final de las esquizofrenias, muestra las dificultades iniciales del niño para la constitución de procesos psíquicos claves, verdaderas ‘llaves maestras’ de otros procesos posteriores, trabando toda la construcción de un psiquismo que le permita elaborar las percepciones e interactuar con su entorno humano. Pero entonces, no contábamos con ciertos desarrollos que se han presentado desde el falsacionismo sofisticado (Argañaraz, 2020) sometiendo al microscopio epistemológico la obra de Sigmund Freud y las indagaciones históricas sobre sus compromisos ontológicos, sus antecesores filosóficos y sus desarrollos. Con este insumo la idea primera se reconfigura completamente pudiendo tomar cierta dimensión de sus consecuencias y fundamentos filosóficos.

Ahora entendemos al menos algunas derivaciones de semejante postulado: el universo es un continuo. El desarrollo historiográfico de los programas de investigación del siglo XIX, desnudan la participación de Freud como agente de la Filosofía crítica postkantiana,<sup>2</sup> lo cual, a su vez, esclarece el sentido específico de sus frecuentes menciones críticas de Kant.<sup>3</sup> Este programa inaugurado por J. F. Herbart y continuado por Helmholtz, E. Mach y Freud, pugna contra el idealismo kantiano aplicando la crítica de la razón al propio Kant y considerando que su obra no representó un corpus definitivo y acabado, sino una primera versión del criticismo

---

<sup>2</sup> Esta denominación nos parece más simple y clara que la de “Filosofía crítica realista postkantiana” que se utiliza en (Argañaraz, 2020).

<sup>3</sup> Ver especialmente (Freud, 1932).

que puede y debe continuarse y mejorarse. Un eje nuclear de este criticismo postkantiano consiste en repudiar los “juicios sintéticos a priori” kantianos de “espacio” y “tiempo”, considerándolos una cesión al idealismo y argumentando que ambos se adquieren por la experiencia. Si bien no se encuentra explícitamente enunciado y abordado por estos autores, este rechazo a los juicios sintéticos a priori les conduce inevitablemente al enunciado de que el universo es un continuo, al menos al inicio del psiquismo del neonato humano. Sin espacio y tiempo ninguna unidad o elemento discreto puede discernirse e, incluso, ni siquiera el propio cuerpo.

Pero este debate no formulado explícitamente, se puede rastrear en algunas de sus propuestas teóricas y explicativas con las dificultades que les trae a estos autores. Al teorizar algunos tópicos, trabajan con unidades o elementos dados como *discretos*. Como si no alcanzaran a medir las consecuencias de aquel repudio inicial. En Helmholtz se desarrolla explícitamente que el espacio se constituye por la experiencia. En S. Freud el tiempo, que no existe en lo inconsciente, es disecado como un fenómeno aprendido y producido ilusoriamente incluso, por ejemplo, en los sueños. También desarrolla argumentos y expone fenómenos clínicos, en las voces escuchadas por enfermos mentales, de cómo el Imperativo categórico de Kant es generado por las experiencias de la infancia. Al rechazar los ‘a priori’ de ‘espacio’ y ‘tiempo’ kantianos, como condición previa a la experiencia, esta tradición se está comprometiendo con un universo continuo que se vuelve discreto a través de la experiencia y la educación. Espacio y tiempo en Kant son, incluso, supuestos necesarios a cualquier ubicación de unidades o elementos discretos en el universo y al rechazarlos, rechazan la posibilidad de que el universo sea discreto previamente a cualquier experiencia. Así, poniendo en su agenda, entre una gran cantidad de otros problemas a resolver, explicar cómo el “espacio” se constituye a partir de la experiencia (Helmholtz) y cómo también lo hace el “tiempo” y se forma en y junto al Yo, esta consecuencia no se explicita ni aborda: el universo es un continuo.

Subrayemos que esta concepción crítica a la razón de Kant es previa y propicia el cuestionamiento que A. Einstein hará al tiempo y al espacio newtonianos en la teoría de la relatividad. Esa agenda de problemas contiene por tanto también este otro que ahora explicitamos: cómo resulta *un universo discreto* a partir *de un continuo perceptivo* que carece de la mínima organización ‘discreta’, sin siquiera un sujeto, agente o Yo constituido que discrimine el campo perceptivo. Si el ‘espacio’ y el ‘tiempo’ se constituyen a partir de la experiencia, ningún elemento discreto puede ser previo a ello. A partir de Herbart, la secuencia que se investiga es cómo se forman las representaciones psíquicas a partir de la experiencia del siguiente modo: percepción, sensación, representación. Pero la percepción misma de los órganos de los sentidos, sin a priori, no partía de alguna discriminación a nivel de las percepciones según Herbart: “el niño no es libre hasta no conseguir el dominio de la ‘masa aperceptiva’” (Herbart, 1806/1936); reiteramos, ello implica comprometerse con un universo continuo.

Resulta relevante exponer la encrucijada en la que este programa o tradición se encuentra para explicitar y afrontar las consecuencias de semejante postulado. Pugnando por la legítima herencia de Kant y contra el idealismo postkantiano, postular un universo continuo podría avalar la concepción idealista de que todo lo que encontramos en la realidad en verdad ya lo habían puesto ahí nuestras ideas. Un universo discreto, por el contrario, podía servir al argumento del realismo y el empirismo sosteniendo que simplemente la experiencia nos enseña esos elementos

discretos porque ya están ahí. No son efecto de nuestras ideas, la experiencia nos los enseña simplemente al tropezarnos con ellos. Tanto Mach como Freud encuentran dificultades conceptuales para teorizar a partir de “algo” discreto: Mach ensaya en sus (1886/1925) y (1905/1948) con el término ‘elemento’ al cual intenta ‘limpiar’ de cualquier consideración ‘metafísica’; Freud (en sus 1900 y 1915), con la ‘huella mnémica’, como primer elemento ‘discreto’ que supone tiene que constituirse en el neonato. Pero ‘la’ huella mnémica es ya una unidad discreta, y es difícil de justificar si no es considerándola solo una expresión metafórica o mítica.

Pero todos estos autores están comprometidos en establecer —con distintas versiones que se pueden rastrear en cada uno—, *cómo a partir de la percepción se conforman sensaciones* y luego las “representaciones”, insistimos, sin ningún sujeto o Yo en juego. Desde J. F. Herbart, se postula que recién cuando, ya formadas, un grupo de representaciones armónicas constituye un Yo —inestable y con otras representaciones reprimidas, excluidas, irreconciliables—, aparece el ‘dominio’, aunque inestable, de la ‘masa aperceptiva’. Como postulaba Herbart en sus preocupaciones pedagógicas y psicológicas, ese dominio es imposible sin la participación de otros, el pedagogo, el educador, siguiendo la consigna de Kant en su *Pedagogía* (1787/2009): “El hombre es el único animal que requiere ser educado”. Así la Pedagogía se centra, también en Herbart, en educar para la libertad.

Efectivamente, no podríamos organizar, ni siquiera tener ‘experiencias’ sin unidades, elementos discretos que categoricen esas percepciones y experiencias. Mucho menos discutir sobre la existencia o no de entes en el mundo. Pero esas unidades discernidas —eso que hace al universo algo aparentemente discreto—, no necesariamente avalan al idealismo, no son innatas como “facultades del alma” ni son introducidas por dios, sino por nuestros criadores, es decir, es parte de la humanización y, en general, de la mismísima reproducción humana en sentido amplio. Así se produce y reproduce la cultura, la civilización e incluso como expondremos, la ciencia. Pero ese universo discreto puede ser modificado en su discreción. De ahí la consistencia de postular, junto a un universo Continuo, la necesidad de considerar toda ‘ontología’ como provisoria, que el criticismo postkantiano sí constantemente va a practicar.

Reformular completamente aquel primer trabajo resulta de que, ahora, entendemos que, sin saberlo, habíamos tomando el camino inverso a la secuencia percepción-sensación-representación de Herbart, Helmholtz, Mach y Freud. Partíamos de la pregunta opuesta: ¿cómo se destruyen las representaciones? Cómo se desintegra el Yo, se disuelven las representaciones, se confunden las sensaciones y se deshace el sistema perceptivo en las esquizofrenias; por qué la inversión pronominal del Autismo infantil y su imposibilidad de realizar enunciados desde la primera persona acerca de su mundo interno del tipo “yo estoy asustado”; o por qué sus crisis graves ante las irrupciones abruptas de ruidos o luces en su entorno perceptivo y otros fenómenos excepcionales en otros niños. Nos resulta legítimo entonces, entrelazar problemas de órdenes filosóficos, clínicos y psicopatológicos. Ahora queda claro que replicábamos, a más de un siglo, la perspectiva de J. F. Herbart que, en 1825, al exponer su Psicología como ciencia natural, cita a Pinel y sospecha que algunas demencias deben ser investigadas con la presunción de una desintegración del Yo, este ‘compuesto’ para Herbart, inestable y con representaciones en pugna. En los últimos apartados de su (1825), Herbart articula sus reflexiones con el *Tratado de la alienación mental* de Pinel y sus registros en la Bicêtre con más conjeturas sobre patología mental. Un siglo después de Herbart, las observaciones y descripciones de Arnold Gesell, pediatra

y psicólogo infantil estadounidense en su (1925) estudia el psiquismo del niño en edad preescolar, haciendo hincapié en su desarrollo ‘normal’, y partiendo igual que Herbart del supuesto nodal de que el niño no nace con un sistema de percepciones listo, sino que se debe desarrollar y esto se consigue con la experiencia y la creciente madurez de lo sensorial, motriz, etc.

Cuando en sus obras Freud profundiza y descompone aún más el Yo herbartiano (1914, 1923), esa descomposición no solo la hace de modo teórico para distinguir sus ‘partes’ (Ideal del yo, yo ideal, conciencia moral, el doble); sino que se apoya en las observaciones clínicas de enfermos, para explicar los delirios de ser observado o las alucinaciones de ‘voces’. ¿Qué nos muestra la descomposición del Yo? ¿Por qué aspectos se inicia en distintos casos? ¿Puede recomponerse de algún modo?

### **1. La demencia psicógena: del ‘clave bien temperado’ al sonido y la furia**

A finales del siglo XIX, E. Kraepelin reúne un grupo de cuatro afecciones psíquicas, anteriormente descritas por otros clínicos: Catatonía, Hebefrenia, Demencia simple y una Demencia paranoide, similar a la paranoia, pero con alucinaciones y estado terminal demencial, y llama al grupo como *Demencias precoces*. Esta nominación descriptiva apuntaba a la comunidad clínica que, efectivamente, se encontraba cotidianamente con estos pacientes con semiología similar a las ‘demencias seniles’ pero que eran jóvenes. Las Demencias precoces se presentaba en general entre los 15 y 25 años excepto la demencia paranoide que podía presentarse en la adultez, pero no en la senectud. El estadio terminal de demenciación implicaba, en las cuatro formas y en distintos pacientes y presentaciones clínicas particulares, la instalación de las cuatro “A”: abulia, anhedonia, apatía y autismo que se habían ido apropiando de la personalidad previa en distintas proporciones y prioridades en cada caso. Antes de este estado terminal, podían proliferar alucinaciones y delirios polimorfos en algunos; extrañamiento ante el propio cuerpo e imagen; embotamiento y apatía con residuos de negativismo y obediencia automática; bizarrías, neologismos, puerilidad e imbecilidad; también la aparición de ‘lenguas fundamentales’ o ‘primordiales’, compuesta por neologismos entramados de distinto tipo. La demenciación final se establece alrededor de los 5 a 15 años después del inicio con la consolidación completa de las cuatro “A”, si no sucedía antes el suicidio, de altísima frecuencia en estos casos.

A partir de la obra de Bleuler se extenderá el uso del término *esquizofrenias* —catatónica, hebefrénica, simple y paranoide— y en la historia disciplinar será borrada paulatinamente la especificidad juvenil de estas enfermedades e, incluso ya en la actualidad, utilizada como un término único, Esquizofrenia en singular, y diagnosticada en cualquier grupo etario incluso la senectud. Todo este devenir, a pesar de fuertes objeciones de distintos investigadores y clínicos de muchos países. La más sistemática de ellas, la obra de un argentino, Carlos R. Pereyra (1944), cuya monografía publicó *The Lancet* y le valiera ser nombrado Miembro de Honor de la Sociedad Médica Psicotérmica de Viena. Pereyra atacaba el concepto de la esquizofrenia bleuleriana que se ampliaba de tal modo, recubriendo trastornos que perdían especificidad, como efectivamente sucedió luego, y descaminaba las investigaciones. Por otra parte, el trastorno de *disociación de las representaciones*, literalmente ‘esquizo’ ‘frenia’, central para Bleuler era, según Pereyra, secundario y motivado por un fenómeno más básico, la interceptación o ‘blocking’ mencionado por Bleuler (Bleuler 1911/1993, p. 39). Este fenómeno, ‘bloqueo’, consistía en una detención brusca y completa de la actividad del pensamiento que rompe cualquier continuidad de los

procesos psíquicos. Este fenómeno sí podía ubicarse semiológicamente en cualquier momento de la evolución de las esquizofrenias, incluso al inicio, no como la disociación o el trastorno de asociación de las representaciones propio del cuadro de estado.

Actualmente son generalizados los trabajos sobre esquizofrenia, en singular, que suponen un origen genético o fisiológico de los neurotransmisores, aún no encontrado, investigado en base a modelos experimentales de laboratorio con ‘ratas esquizofrénicas’ (*sic*). Existe una infinidad de bibliografía de diversa calidad que se produce cada año sobre esta enfermedad al parecer mal delimitada, ya que los errores sobre los que alertó C. Pereyra se han desarrollado y profundizado. Sostendremos que la demenciación de las esquizofrenias pueden ser el resultado del proceso inverso al que se estudió desde Herbart, la constitución de las representaciones, es decir, un camino de desintegración de las representaciones, incluidas las que componen el Yo, ergo, al cuerpo propio y de otros, el mundo exterior e interior y por fin a todo el aparato psíquico. El camino inverso sería entonces: destrucción de las representaciones, sensaciones de desintegración del cuerpo y otras confusiones de las sensaciones y, por fin, la completa alteración de las percepciones con sus fenómenos alucinatorios. Finalmente, la indiscreción entre mundo externo e interno: un universo continuo.

En la vida cotidiana de las personas sanas, o relativamente sanas, para un Yo constituido, hay cuatro poderosas herramientas para percibir un universo aparentemente discreto: el propio cuerpo, los otros, el lenguaje y el número. Con lo que se denomina filosofía crítica postkantiana y su investigación acerca de la formación de las representaciones en base a las percepciones, la discreción de los otros, la unidad numérica y el lenguaje puede proponerse una teoría psicógena de la demenciación de los esquizofrénicos.

Una explicación al título de la célebre obra de J. S. Bach, “*El clave bien temperado*”, dice que, entonces, se acostumbraba modificar la afinación del clave según se ejecutara una obra en modo mayor o menor, en Si bemol o La sostenido, que son la misma nota, y que esta costumbre llevaba a la constante manipulación de las clavijas y, por tanto, a no poder encontrar nunca un instrumento bien afinado, temperado. Dicha obra expone una colección de piezas con la posibilidad de escribir en modo mayor y menor, y en distintas armaduras de clave los mismos motivos sin modificar la afinación del instrumento. En la historia, el desarrollo de la escritura musical (Leuchter, 1981) implicó desde un inicio acotar las variaciones individuales sobre la cantidad y características de los sonidos hasta el 440 del La universal actual. Pero aquí comienza la discusión filosófica y ontológica, ya que no se debería confundir el La universal con una entidad existente en la naturaleza o la realidad, un elemento discreto que hemos descubierto. Teóricamente, los sonidos presentes en una cuerda tensada, podrán ser asignados a alguna de las octavas de los 12 sonidos de la escala occidental. Aunque no así en la práctica, ya que: ¿esa nota que asignamos como “La” tiene 440 Hz o en verdad 439,99 o 440,01? A los fines prácticos resulta inútil ya que nuestro oído, no está educado para registrar esa diferencia ni para que le resulte desagradable. Es decir que, como sostuvo Helmholtz para el ‘espacio’, también el discernimiento de elementos discretos en la audición, se desarrolla a partir de la experiencia, de modo tal que un oído ya occidentalizado, no podrá distinguir los elementos discretos en una melodía ‘microtonal’, llamada así en Occidente, con más de doce notas, presente en la música de varias zonas del mundo y discriminado auditivamente por aquellas comunidades. Un occidental solo escucha unos chillidos indiscernibles. De hecho, la escritura musical que algunos jesuitas

realizaron de la música nativa en la colonización de América resulta un registro poco confiable por esta razón.

El “La universal” como 440 Hz, al tratarse de una frecuencia de onda, se trata también de un acuerdo entre usuarios porque si intentáramos ‘entificar’ la nota “La”, considerarla un ser que existe en la realidad o en la naturaleza —como según entendemos sostienen muchos filósofos acerca de los ‘entes’ matemáticos—, y quisiéramos medir este ente: ¿debe entenderse como  $439,99999\dots n$  Hz o  $440,11111\dots n$  Hz? ¿Podemos especificar con decimales, cuál de los números contenidos entre 439 y 441 debe considerarse correcto? ¿Cuál es verdaderamente ‘La’ como ente? Esto es un ejemplo patente de un pseudo problema.

Debemos buscar un acuerdo entre usuarios porque aquí se entremezcla ontología y matemática. Medir “La” como ente natural nos conduce a un problema matemático agregando decimales, entre 439,99 y 440,11, que implicaría un infinito de números, pero un infinito especial, llamado infinito *no denumerable*, que consiste en todos los números reales que hay entre ambos. Un infinito no denumerable se define como un conjunto que no puede ser puesto en una correspondencia uno a uno con el conjunto de los números enteros infinitos: 1, 2, 3, 4, ... $n$ . Es decir, un continuo, o “C” como lo denomina G. Cantor, es imposible de aparear uno a uno con el infinito de los números enteros porque siempre quedará excluido algún elemento del Continuo como lo demuestra con su célebre “prueba diagonal”. En muchas oportunidades nos encontramos con series infinitas que pueden ser puestas a la par una por una con el infinito denumerable de los números enteros como, por ejemplo: todas las letras y palabras y oraciones y párrafos, y todas sus posibles combinaciones entre sí, son infinitas efectivamente, pero pueden ser apareadas una a una a el infinito denumerable de los números enteros.

Por el contrario, al tensar una cuerda del clave, entre una frecuencia de onda 439,99 y otra de 440,11 siempre podemos encontrar un continuo de frecuencias de onda infinitas, pero no denumerables ya que depende de la cantidad de decimales que estemos dispuestos a agregar en la medición y de los instrumentos con que contemos para esa medición:  $440,00000\dots n$ . No hay manera alguna de incluir todos los decimales en algún arreglo posible que permita equiparlos, ubicarlos uno a uno con los infinitos números enteros sin una decisión, un acuerdo, al respecto, por ejemplo: 10 decimales o 20. Lo mismo sucede con las gamas de colores, otra frecuencia de onda, un infinito no denumerable, un continuo, donde siempre excluiríamos algún matiz para poder encontrar un acuerdo entre usuarios entre el ‘rojo’ y el ‘carmín’ por ejemplo. En ambos casos acordamos limitar a través de cotas mínimas y máximas, para cada nota o cada color, y las posibilidades se vuelven denumerables. Es decir que, por un acuerdo, un arreglo entre usuarios, hemos transformado un universo Continuo, en uno discreto, aunque sea infinito.

Como puede deducirse, estamos planteando que este mismo “arreglo”, “acuerdo” entre usuarios sucede en la experiencia, el entrenamiento o enseñanza perceptiva entre el neonato y sus criadores. Una cantidad infinita de percepciones no denumerable, aquí de sonidos, colores u olores, un continuo, quedan fuera de ese “acuerdo”. Pero en el neonato hay que agregar un problema más, y uno grave, la simultaneidad de las percepciones de distintos órganos de los sentidos: sonido y luz, tacto, sabor y olor. Con un sistema perceptivo indiscriminado entre sí, podemos suponer entonces, que este proceso de discreción perceptiva también requiere generar una diferenciación, entre el neonato humano y su entorno de crianza, de áreas perceptivas y discriminación de su procedencia: ojos, oído, tacto, olfato y gusto. Por eso lo aproximativo de la

“huella mnémica” de Freud. El célebre “pecho materno” del Psicoanálisis muy lentamente puede llegar a discriminarse de su tibieza, blancura, el olor y la voz de la madre. En definitiva, cada uno de los que, luego, serán discriminados como sentidos, son primero continuos perceptivos, es decir, infinitos no denumerables, continuos que además están fundidos en la masa perceptiva de varios órganos sensoriales que recibe un neonato.

Aunque, al igual que la cuerda del clave, cada uno de los sentidos tenga limitaciones físicas que se conocen, límites de audición de ciertas frecuencias de onda o colores infrarrojos, eso no constituye en sí una discreción. La cuerda tensada al extremo obviamente se rompe y sin tensión alguna no genera una frecuencia de onda, pero la gama de todas las frecuencias de onda es infinita y no denumerable ya que lo mismo sucede con todos los números reales entre 1 y 2, entre los cuales se abre un continuo de números reales:  $1, 000001\dots n$  y  $1,999999\dots n$ .

Es decir, la crianza haría al mundo percibido por el neonato un mundo ‘discreto’ y sus criadores se constituyen en referentes de lo discriminado, ‘usuarios privilegiados’ al momento de señalar el ‘eso’, el elemento o unidad discreta en lo percibido, enseñando, transmitiendo los acuerdos aprendidos en su comunidad, aunque ello implique malentendidos y mostrar, por ejemplo, como “manzanas” tanto a peras como manzanas o membrillos. Ya con el lenguaje, todo esto se potencia y el ‘usuario privilegiado’ dirime ante el niño, por ejemplo, si ‘eso’ es un árbol o un cactus. El epígrafe de este capítulo implica justamente los dos elementos de la ‘definición ostensible’ que Wittgenstein en sus (1938, 1953), interroga y rechaza como modo de establecer el “significado”, sosteniendo que es el “uso” lo que establece el “significado”, lo cual compartimos. Pero cuando introducimos la dimensión diacrónica de la crianza, en verdad, la ‘definición ostensible’ es prelingüística y permite generar un universo discreto ante lo Continuo de la masa perceptiva. Centrado en el problema del lenguaje sincrónicamente y suponiendo al mismo un asunto “entre iguales”, Wittgenstein no atiende la génesis colectiva y asimétrica que también puede aplicarse a la formación de los científicos tal y como la exponemos para el niño. En la psicología del desarrollo se ha ubicado, por ejemplo, el fenómeno prelingüístico de la “atención conjunta” del bebé con el adulto: pasa un “avión” y tanto el adulto como el niño lo observan en forma conjunta; el adulto dice “avión” que es una “definición ostensible” pero no tiene valor de “significado” sino de indicación de un elemento discreto, discernido y recortado del universo. Cuando el niño, discriminando elementos diga “avión” indicando un águila en el cielo, comienza el ajuste del significado por el “uso”, pero ya hay lenguaje. Una vez discriminadas unidades y elementos discretos, se introduce el lenguaje y, efectivamente, no sería la ‘definición ostensible’ lo que establece el significado: el niño dice ‘árbol’ señalando un ‘eso’ discreto y el adulto le indica “‘esto’ no es un ‘árbol’, es un ‘cactus’” diferenciando ambos que están fundidos en lo que ha aprendido a percibir el niño.

El debate centrándose en ‘usuarios’ adultos e iguales, en un análisis más bien lógico formal de la imposibilidad de un lenguaje privado, lleva a conclusiones muy diversas en Wittgenstein. Nosotros resaltamos toda la dimensión diacrónica y empírica que, incluso según subrayaremos, también en la vida adulta y en la práctica científica cotidiana, siguen existiendo ‘usuarios privilegiados o referentes’ como el nuestro “*admirado, y temido, Profesor de Filosofía de la Matemática*” *ut supra*. La dimensión diacrónica, histórica y psicogénica es nuclear de la filosofía crítica postkantiana por muchas razones, pero, básicamente, porque la experiencia es diacrónica. La inmersión en ella de los tópicos wittgenstenianos produce diferencias relevantes.



En el caso de Freud, para fines clínicos y terapéuticos, afronta en su (1900) el desarrollo de una teoría que explique nuestras cotidianas alucinaciones durante el dormir, los sueños, para una psicología de los procesos oníricos. Allí, supone en el neonato un principio del placer biológico por el cual, ante un displacer por falta de alimento, por ejemplo, y por la vía más corta al placer, se alucina la ‘huella mnémica’ de una satisfacción ya sucedida. Cuando el displacer no cede, con azaras acciones — gritos, llantos, u otras —, esa satisfacción aparece, produciendo así un circuito que, por una parte, establece una pseudo ‘acción específica’ para evitar el displacer y encontrar la satisfacción y, por otra parte, un primitivo “principio de realidad” que diferencia la alucinación del pecho de la primera experiencia de satisfacción, de la presencia efectiva actual del pecho materno. Subrayemos el salto implícito aquí. En verdad Freud intenta desarrollar una teoría orientada por la aparición de sueños en las ‘asociaciones libres’ de sus pacientes adultos y que muestran ser útiles al diagnóstico y la terapéutica. No está Freud considerando cuestiones filosóficas acerca de si los estímulos del mundo externo-interno, indiferenciado que el neonato padece, son elementos discretos o continuos. Utiliza así términos como objeto, pecho, “huella mnémica”, tratándolos como elementos discretos. Intenta reconstruir desde el presente qué puede haber acontecido en la lactancia.

Pero destacando una alerta metodológica que Carlo Ginzburg (2004) ha repetido para la historiografía y que vale plenamente aquí, siempre está presente el riesgo del anacronismo, es decir, de realizar la tarea historiográfica dominado por las categorías del presente y organizar los datos históricos en base a ellas: qué significaba para un antiguo asirio y sus contemporáneos el fenómeno de un eclipse solar y qué consecuencias podían devenir en los acontecimientos históricos, económicos, políticos, de entonces, es extremadamente difícil de establecer desde un historiador actual. Algo similar puede reprocharse a Freud al teorizar sobre elementos de un universo que él, anacrónicamente, intenta reconstruir con categorías discretas que el neonato no posee. En verdad, con Herbart, podemos suponer razonablemente que esa supuesta y célebre “experiencia primaria de satisfacción” de Freud, no se produce por un objeto discreto, el pecho materno, sino por una “masa aperceptiva” confusa donde participan tanto la voz de la madre, su olor, calor y ‘n’ categorías combinando aquellas. El neonato no puede discriminarlas dado que, cosa que Freud sí subraya contradiciéndose, incluso no hay discriminación entre el cuerpo propio del niño y el de la madre, es decir, no existen como unidades separadas y discretas.

La descomposición de las representaciones, incluidas las que constituyen el Yo y el propio cuerpo, podría desplegarse hasta impactar en la percepción con el desarreglo acerca de los elementos discretos del mundo con otros usuarios, y conduciendo a los pacientes esquizofrénicos del clave bien temperado al sonido y la furia de Shakespeare, es decir, a la demencia.

## **2. Percepción, representación y memoria**

¿Cómo concebir mínimamente ese universo continuo en que habita el neonato y se hunden los esquizofrénicos?

En una ficción, Jorge Luis Borges reconstruye en la persona de Ireneo Funes la dificultad de vivir en un universo Continuo. En “Funes el memorioso” (1944, pp. 485–490) dice: “Lo recuerdo (...) con una oscura pasionaria en la mano; viéndola como nadie la ha visto, aunque la mirara (...) toda una vida entera.” Para Funes:

(...) el presente era casi intolerable de tan rico y tan nítido, y también las memorias más antiguas y más triviales (...) Esos recuerdos no eran simples; cada imagen visual estaba ligada a sensaciones musculares, térmicas, etc. (...) Funes no solo recordaba cada hoja de cada árbol de cada monte, sino cada una de las veces que la había percibido o imaginado.

Por eso mismo Borges advierte que:

(...) era casi incapaz de ideas generales (...). No sólo le costaba comprender que el símbolo genérico perro abarcara tantos individuos dispares de diversos tamaños y diversa forma (...). Su propia cara en el espejo, sus propias manos, lo sorprendían cada vez. (...) Era el solitario y lúcido espectador de un mundo multiforme, instantáneo y casi intolerablemente preciso. (...) Sospecho, sin embargo, que no era muy capaz de pensar. Pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer. En el abarrotado mundo de Funes no había sino detalles, casi inmediatos.

En esta ficción, el autor testimonia por la memoria de Funes con un argumento cuestionable: éste habría aprendido rápidamente latín con un libro de Plinio y un diccionario.<sup>4</sup> Ahora bien, podría objetarse que haya leído dos veces la misma palabra, ya que el ‘abarrotado mundo de Funes’ no es otro que el río de Heráclito. La segunda audición de la misma palabra la hubiera hecho inutilizable para repetirla adecuadamente una tercera. En su estado, un niño jamás aprendería a hablar ya que la primera sílaba ‘ma’ dicha por su madre, sería diferente en entonación, calor, intensidad...n, que la segunda ‘má’.

En 1938 Leo Kanner (1943), quien descubre y describe el Autismo infantil, atendió un niño que:

Podía desde los dos años y medio, decir todos los nombres de los presidentes y los vicepresidentes, recitar las letras del alfabeto del principio al final y viceversa y podía repetir, sin falla alguna y con perfecta enunciación, el salmo 23. Sin embargo, era incapaz de mantener una conversación normal. No establecía ningún tipo de contacto. Su memoria era fenomenal. Las pocas veces que se dirigía a alguien (para satisfacer sus necesidades) se refería a sí mismo como ‘tú’ y a su interlocutor como ‘yo’.

He ahí la observación ya mencionada de la inversión pronominal, tristemente corroborada por la clínica desde entonces. Como dijimos, estos procesos constructivos discriminatorios del niño son “llaves maestras” que abren las siguientes puertas de su desarrollo psicológico. Leo Kanner indagó e identificó a los tres meses de edad de estos niños un “signo patognomónico” del autismo infantil, el “signo de Gesell”. En la patología de la Medicina general existen muchos “signos patognomónicos”. Se los denomina así porque son signos objetivables, no síntomas subjetivos, cuya presencia garantiza la existencia de la patología, aunque existan otros síntomas o condiciones accesorias particulares y contradictorias en el cuadro del paciente. Por ejemplo, el “signo de Babinski” en el neonato, resulta de pasar un objeto romo en la planta del pie que genera

---

<sup>4</sup> Hoy sabemos que Funes no es otro que el mismo J. L. Borges quién, efectivamente, aprendió alemán con un diccionario y un libro de Heine. En su (2021, p. 143) dice: “Yo escribí ese cuento como una suerte de metáfora, o de alegoría, del insomnio. No había logrado dormir por varias noches, y entonces pensé que un hombre cuya memoria llegara a ser casi infinita terminaría, muy probablemente, volviéndose loco. Yo sufría de insomnio en aquel entonces, y curiosamente, una vez que escribí ese cuento empecé a dormir muy bien otra vez”. En (2021, p. 162) refiere lo mismo, pero diciendo: “...entonces escribí esa pesadilla que ha agradado a tanta gente y que se titula ‘Funes el memorioso’”.

un reflejo específico. La ausencia de tal signo indica indubitablemente algún tipo de patología neurológica. En Psicopatología, aunque menos, existen también “signos patognomónicos” de algunas enfermedades. Gesell, pediatra y psicólogo investigador del desarrollo infantil, había observado y descubierto que alrededor de los tres meses de edad, el bebé realiza un gesto anticipatorio preparando su cuerpo cuando percibe que va a ser alzado en brazos por sus criadores. Los bebés autistas no.

Con lo ya expuesto hasta ahora, el lector podrá valorar la enorme complejidad psíquica de este gesto anticipatorio a los tres meses de edad ya que implica la presencia de muchas adquisiciones del bebé que: percibe y discrimina a un ‘otro’, diverso de él, lo discierne del entorno perceptivo y, más complejo aún, le adjudica perceptivamente una ‘intencionalidad’, prediciendo correctamente su comportamiento y preparando su propio cuerpo para ser alzado. Kanner constata que tan tempranamente como a los tres meses de edad, puede observarse la ausencia de esta reacción en niños autistas como “signo patognomónico”, es decir, la enfermedad ya está instalada sin dudas. No se trata de un “pródromo”, como se denominan los síntomas previos de una afección que aún no se ha desarrollado.

Comparemos esto con Ireneo Funes y con lo expresado por J. F. Herbart acerca del dominio de la ‘masa aperceptiva’. Incluyendo la ‘masa auditiva’ que recibe un niño con alguna adquisición de lenguaje, recordemos que otro fenómeno típico del autismo infantil es la “ecolalia”, es decir, el niño responde a una frase emitida por un adulto que se le dirige, repitiéndola idéntica. A veces con cambios de entonación, pero sin poder discernirse si el acto comunicativo ha sucedido o no. La necesidad de estos niños de mantener su entorno inalterado, siempre igual y las crisis psicomotrices con autoagresión que le generan cualquiera cambio o la irrupción de un estímulo inesperado, ruidos, luces u otros, hace patente esta necesidad de dominio de la masa aperceptiva. En términos herbartianos, el niño autista consigue dominar sólo una mínima masa aperceptiva cuya modificación lo traumatiza, no habría ese Yo compuesto por representaciones armónicas que le permitan dominar, filtrar o significar ese ruido inesperado. También, obviamente, la ausencia de la primera persona del singular hace imposible que realice enunciados referenciados en su mundo interno como: “ese ruido me asusta”.

Por su parte, antes que Kanner, Paul Abely en su (1930) había descrito “El signo del espejo en las psicosis y más especialmente en la demencia precoz”, es decir esquizofrenias. Es importante recordar que el ‘signo del espejo’ patognomónico de Abely se encuentra en el *inicio* de las esquizofrenias colaborando para un diagnóstico precoz. Escribe este autor:

A petición nuestra, las familias vigilaron hábilmente a los sujetos sin llamar la atención; una de ellas nos decía: «Se diría, cuando se contempla, que está extrañado, que no se reconoce; suele alejarse y después volver bruscamente sobre sus propios pasos como si se le hubiese olvidado examinar algo que hubiera en su cara». Una joven enferma, después de muchas preguntas infructuosas, nos dio un día esta rara respuesta: «Es para reencontrarme». (Abely, 1930, p. xx)

Otra vez aparece Ireneo Funes y su relación con su imagen en el espejo ya que, como dice Borges, cada vez que se miraba al espejo era diverso. Es importante destacar que, este fenómeno, no se presenta después, cuando se despliega el estado terminal de demencia. La preocupación por reconocerse en el espejo desaparece entonces, probablemente, junto con el Yo ya desintegrado.

Con lo expuesto, hemos transformado la pregunta lógica, formal y matemática del Continuo de Cantor: ¿cuántos puntos hay en una línea recta de un espacio euclídeo? (Gödel, 1962/1981), en una pregunta de modelo psíquico: ¿cuántos elementos discretos y discernibles hay en una percepción? Y la respuesta razonable es: un Continuo, uno infinito no denumerable, que se “arregla” entre “usuarios” acotando esa masa simultánea de percepciones de varios sentidos en un universo de unidades y elementos discretos y diferenciados.

En los investigadores sobre la evolución del niño desde Freud, Gesell o Piaget puede rastrearse un supuesto implícito: los procesos de construcción (Piaget), desarrollo (Gesell) o constitución psíquica (Freud) del niño serían irreversibles. Aunque Freud considera la “regresión”, ésta sería un ‘mecanismo de defensa’. En la demencia psicógena no se trataría de esto y de ahí el paralelismo entre neonato y la demencia, aunque tiene su límite: en las demencias psicógenas se pueden encontrar ‘ruinas’ que no en el neonato obviamente. De ahí los neologismos o impulsos suicidas.

### 3. Lenguaje público, lenguaje privado.

Existen otros escritos de J. L. Borges que muestran su interés sostenido por el infinito y por G. Cantor, quien parece inspirar estos proyectos que Ireneo Funes concibe y desecha, como realizar un catálogo de sus recuerdos asignándoles números. Si cada recuerdo de cada instante debiera ponerse uno a uno con los números enteros, ¿cuál sería el sentido privilegiado si ‘cada imagen visual estaba ligada a sensaciones musculares, térmicas, etc.’? ¿Sentido, intensidad o tiempo? ¿Una combinación de ellas? Por ejemplo: imágenes de alta intensidad lumínica y sensación de frío con contractura muscular. Ese catálogo es imposible si Ireneo no consigue acordar con sí mismo las  $n$  categorías, porque en la ficción de Borges, Funes percibe un mundo continuo que solo con cotas máximas y mínimas, y excluyendo algunas categorías podría lograr catalogar. Recién entonces podría Funes utilizar ese catálogo y transmitir a otro su percepción del mundo que, de otro modo, es incomunicable. Por ejemplo, entre otras cosas, porque la simultaneidad del ‘sol’ y ‘frío’, deben ser secuenciales en la oración y son simultáneas en la percepción. Es decir que, en la ficción, con ese proyecto de catálogo Funes intenta formar Representaciones a partir de percepciones tal como las padece él. Lo mismo sucede con la escritura musical: ninguna partitura puede transmitirnos cómo tocaba J. S. Bach alguna de sus obras. Por ello, en la historia, los músicos fueron agregando anotaciones en las partituras para indicar cómo ejecutar su obra. Tanto en el ritmo, a pesar de que el compás ya lo indica al inicio de la partitura, con especificaciones como “andante” o “solemne”, como la intensidad del sonido que debe darse a una nota o frase como “piano”, “forte”, etc.

Es decir que todos somos, o hemos sido, Ireneo Funes. Para ensayar una explicación de los fenómenos del lenguaje en las esquizofrenias, Freud propone separar las “representación-cosa” de la “representación-palabra”. Las primeras, dice:

...no aprehendida en palabras (...) no pudieron llevarse cualidad ninguna de las percepciones porque correspondían a meras relaciones entre las representaciones-objeto. Y tales relaciones, que sólo por medio de palabras se han vuelto aprehensibles, constituyen un componente principal de nuestros procesos de pensamiento.

Concluyendo:

La fórmula según la cual la representación es un proceso que ocurre entre los sistemas inconsciente y preconscious (o consciente), con el resultado de que algo es mantenido lejos de la conciencia, sin duda tiene que ser modificada para incluir el caso de la *dementia praecox*... (Freud, 1915, p. 199)

El hacer consciente de la vigilia, requiere según Freud que las ‘representaciones-cosa’, ligadas a las primeras huellas mnémicas y sensaciones del objeto perdido e inconscientes, se anuden con las ‘representaciones-palabra’. Ésta sería la conjetura para un psiquismo adulto ya estructurado. De tal modo que la representación-palabra aparece como un conjunto heterogéneo cerrado y la representación-cosa uno abierto. (Freud, 1915, pp.197–207). Esta introducción de la ‘representación-cosa’, aunque parezca obvio, sería la ‘memoria bruta’ sin palabras, la representación-palabra domina el acceso de nuestra memoria a la conciencia y el lenguaje. La representación-palabra es condición de la comunicación de ésta a otro usuario, de modo tal que nuestros enunciados sean entendibles. ¿Cómo narrar un trauma, una violación, por ejemplo, donde las percepciones fueron simultáneas y no secuenciales como en el lenguaje? Aunque frecuentemente podemos estar seguros de la diferencia entre lo que recordamos y lo que comunicamos, no tenemos otro medio para hacerlo. Así:

Enunciado	Representación palabra	=	Representación palabra (otro usuario)
Enunciación	Representación Cosa (el trauma, la violación)	≠	Representación palabra

Separamos con esa barra lo que comunicamos a otro usuario y es la elección que hacemos de la representación adecuada. Entonces ‘a’ es igual a ‘a’ arriba, si hay acuerdo en que ‘a’ no es igual a ‘a’ abajo. Lo que coloquialmente solemos preguntar: “¿qué me estás queriendo decir? ¿Qué sentiste cuando te violaron?” o lo más frecuente aún “no encuentro palabras para describir ‘eso’”. Puede haber identidad porque se acuerda la igualdad entre R.P. y R.P. de otro usuario, en tanto ambos ponen en duda la posibilidad de que R.P. exprese completamente la R.C. que suponen compartir y no compartir: es decir, realizan un implícito “arreglo”. Porque se supone la no identidad entre R.C. y R.P. es que se puede llegar a un acuerdo sobre “una oscura pasionaria” de Irene Funes

“una oscura pasionaria”	=	“una oscura pasionaria”
“ <b>esa</b> oscura pasionaria”	≠	“una oscura pasionaria”

Cuando continúa nuestra interlocución y se sigue usando esa representación palabra, podemos descubrir que nuestra representación-cosa era en verdad la de una begonia, y que nunca conocimos una pasionaria, o que, en aquella provincia, llaman pasionaria a la begonia. Es decir, con Wittgenstein, el “uso” establece el significado. El célebre poema “*El cuervo*” de Poe, con su persistente “never more” es un claro ejemplo. Resulta extraño en países como Argentina donde esa denominación se utiliza para enormes aves carroñeras que nunca imitan el habla humana ni se acercan a las viviendas. Se sobreentiende que Poe se está refiriendo a otra ave a la que se denomina cuervo en su comunidad.

Lo mismo sucede entre la ejecución de una obra y su partitura

$$\frac{\text{partitura de "Ofrenda musical"} = \text{partitura de "Ofrenda musical"} (\text{otro usuario})}{\text{J. S. Bach ejecuta "Ofrenda musical"} \neq \text{partitura de "Ofrenda musical"}}$$

También en un acuerdo matemático también suceden estos “arreglos”. Por ejemplo:

$$\frac{\pi = \pi}{3,14 \neq \pi}$$

Sabemos que no es exactamente 3,14 pero a los fines prácticos cotidianos acordamos que sí. Sin embargo, si otro usuario quiere calcular la trayectoria de una nave hacia el planeta Marte, deberá decidir cuantos tomará, de los 35 dígitos con los que Ludolf van Ceulen especificó a: 3,14159265358979323846264338327950288...n

Resumiendo hasta aquí, Freud cambia su sobreentendido de 1900 de un universo ‘discreto’ pero, y recordando lo ya dicho acerca de las ontologías provisionales de la filosofía crítica postkantiana, finalmente en 1923, Freud postula que el neonato humano es solo un “Ello” (“el” inconsciente ya no existe como ente y pasa a ser un adjetivo, “lo” inconsciente, que se aplica a cada instancia psíquica superyo, el ello y el yo continuando la premisa de J. F. Herbart que sigue también E. Mach “el Yo no es una mónada”). La caracterización que realiza de ese Ello inicial, del cual emergerá un Yo por la interacción con la realidad, es consistente con un simple organismo biológico enfrentado a un Continuo perceptivo indiscriminado. Ni el cuerpo, ni el Yo están conformados, ni diferenciados en un inicio, ni hay separación entre los estímulos del mundo exterior y los estímulos internos. Insistimos: la cría humana —incluso neurológicamente fetalizada al nacer por la ausencia de mielina de las vías piramidales según se conoce hoy—, padece un continuo perceptivo sin, incluso, la ‘discreción’ básica entre el interior y el exterior del organismo y sin una separación entre los cinco sentidos que generan percepciones. No puede siquiera discernir —es un anacronismo plantearlo—, si esa “masa aperceptiva” sin elementos discretos provienen de su organismo o del exterior.

Esta posición de Freud, al igual que toda la Filosofía crítica postkantiana, es radicalmente opuesta al cartesianismo que toma como punto de partida la existencia de un cuerpo y una mente. Estos puntos de partida separando cuerpo y mente, *res cogitans* y *res extensa* de Descartes, serían en verdad, lógicamente, puntos de llegada, logros en la conformación de un psiquismo, nunca puntos de partida. Aunque inestable y relativamente ficticios, el Yo y el cuerpo propio son logros, que se cancelan en las demencias esquizofrénicas, de un complejo proceso donde el organismo humano lidia con un Continuo perceptivo y, como hemos intentado mostrar, al parecer no podría lograrlo solo.

Transformar el Continuo perceptivo en un universo discreto de elementos entre los cuales está mi cuerpo y el cuerpo de otros, mi Yo y el Yo de otros, es un largo proceso en el neonato que se genera con otros, antes aún de haber podido discernirlos como tales. En ese proceso de acotar, acordar, aprender a discernir elementos discretos en lo percibido, el desarrollo y acceso al lenguaje primero y al número después, son saltos de potentes consecuencias.

En este mismo sentido anticartesiano, aunque guiado por otra agenda de problemas, L. Wittgenstein desarrolla una sistemática crítica, contra la posibilidad de concebir un lenguaje privado, o una fundamentación privada del lenguaje. Al tratarse de un tema complejo y lejano a la clínica, seguimos de cerca la excelente presentación de él que hace S. Cabanchik (1993, p. 147) para otros fines. En tal lenguaje privado, las palabras refieren a lo que solo puede ser conocido por su usuario, a sus sensaciones inmediatas, privadas, de modo que nadie más puede entenderle. Las referencias serían también objetos privados. Se supone entonces que un Robinson Crusoe sin lenguaje, abandonado en una isla, podría nombrar las cosas de su mundo que percibe, con los rasgos que sus palabras intentan describir (Ayer, 1954/1979). Cómo usar esas palabras, será cuestión de que recuerde a qué objetos designan. Entienda o no, cualquier otro, sus descripciones de sus experiencias, no es condición de que sean inteligibles para él mismo. Esto conlleva también la aplicación privada de reglas de lenguaje también privadas. El criterio de corrección de uso lingüístico recaería entonces en la coincidencia del uso presente con el uso pasado según la memoria.

Dos cosas quiero subrayar de la presentación de Cabanchik: uno dice “A menudo los filósofos que se ocupan del lenguaje privado introducen el factor memoria sin tomar en cuenta la complejidad que este concepto encierra.” Percepción, identidad de quien percibe y quien recuerda (memoria) son tres términos complejos, y están absolutamente presupuestos en Ayer. Por oposición a él, Cabanchik argumenta a favor de Wittgenstein, justamente con el catálogo que anhelaba Funes “...cabe preguntarse si un lenguaje reducido a la puntualidad del instante es posible. En él, cada emisión sería algo totalmente nuevo; solo habría palabras-caso y, si no hay memoria, la identidad de significado o sinonimia no resultaría aplicable.” Vinculado de cerca al tema de memoria e identidad, dice Cabanchik: “¿Podría (el Robinson de Ayer) adquirir la noción de ‘sí mismo’...? (...) Imaginémoslo reflejándose en la superficie de un lago, ¿no se tomaría por otro? ¿Por qué habría de pensar que es su imagen la que ve reflejada?” (Cabanchik, 1993, p. 167) Nuevamente hay que recordar que Funes se veía cada vez distinto en el espejo. En este sentido Strawson (Villanueva, 1984, p. 37) indica que esas supuestas experiencias privadas se refieren a un sujeto idéntico, y si parecen tener alguna inteligibilidad, es porque medran parasitariamente del concepto de objeto, sujeto y universo que tenemos en nuestro lenguaje. Repitiendo nuestra cita, el mismo Wittgenstein (1938, p. 39) dice: “Estoy tratando de resumir todo el problema a nuestro no entender la función de la palabra ‘yo’ (y ‘esto’)”. Por lógica, obviamente la definición ostensible es para otro, no puedo darme a mí mismo una ‘definición ostensible’. Sí puede ocurrir que haya olvidado y recuerde esa palabra ante el encuentro con un “cactus”. El lenguaje siempre es público, entre otras cosas, porque su aprendizaje y la memoria se conforman desde la infancia con otro usuario del lenguaje.

Una parte de nuestra motivación para producir este trabajo es la siguiente: un clínico queda atónito cuando lee a grupos de filósofos debatir algunas cuestiones sin atinar a interesarse en la más mínima empírea, aún si deben cuestionarla, y sin la menor intención de consultar, aunque sea un manual de psicopatología donde encontrarían empírea de lo que están discutiendo. El ejemplo de Kanner —que, justamente, tiene un Tratado excelente de Psicopatología infantil—, de la inversión pronominal, muestra que el “yo” y el “tú”, habituales en nuestro uso, pueden alterarse de tal modo que vale preguntarse en la oración con ‘él tenía una memoria fenomenal’, a qué se refería Borges con “él”. ¿Cuál? ¿El que se mira en el espejo ahora

o el que se miró ayer? Como intentamos mostrar, las esquizofrenias exponen la desintegración del 'Yo', no solo como 'instancia psíquica' al modo de Herbart y Freud, sino incluso en el sentido de desintegración del pronominal de la primera persona; y el autismo infantil muestra la enorme dificultad de su constitución y las consecuencias que acarrea. Una de las observaciones de Kanner (1943) es la siguiente: si un adulto sacaba un bloque o un objeto que el niño necesitaba, este peleaba y se enojaba con la mano o con el pie, a los que trataba como algo independiente y no como partes de una unidad corporal y una persona. Al recuperar el objeto su humor cambiaba bruscamente hacia la placidez. Cuando lo pinchaban, mostraba miedo al alfiler, pero no a la persona que lo había pinchado. Deben compararse estas observaciones con el "signo de Gesell" a los tres meses de edad y mostrar el abismo que hay entre ambas situaciones.

Como ya mencionamos, y retomando las preocupaciones pedagógicas de Herbart, tanto para la organización discreta del Continuo perceptivo como luego para la adquisición y uso del lenguaje, se requiere la existencia de otros usuarios y otros percipientes. En este punto Freud trabajó mucho tiempo con el sobreentendido de un neonato en un mundo discreto habitado de huellas mnémicas discretas o pechos maternos, aunque simultáneamente nos dice que no hay diferenciación entre cuerpo del niño y el de la madre. Por otra parte, en sus supuestos sobre la adquisición del lenguaje se mantiene en la cuestionable y clásica relación 'sujeto - objeto': "Para la psicología, la unidad de la función del lenguaje es la 'palabra': una representación compleja que se demuestra compuesta por elementos acústicos, visuales y kinestésicos." (Freud, 1915, p. 207) Habiendo puesto tanto énfasis en su obra en las relaciones libidinales con los padres, es significativo que, al momento de reflexionar Freud sobre percepción y lenguaje, no los considere claves. Como ya mencionamos, Wittgenstein no toma en cuenta la dimensión diacrónica de la adquisición y uso del lenguaje. Su abordaje es más bien de tipo "lógico formal". Obviamente acordamos con la imposibilidad lógica de un lenguaje privado. Pero la empírea es mucho más compleja.

En nuestra pregunta por la demenciación de los esquizofrénicos, antes de la demenciación, existe la aparición y evolución de los neologismos, ya sea por una neosignificación (nuevo uso privado de términos públicos) o por neoformación hasta la constitución, a veces, de "lenguas fundamentales" con términos cuya significación les resulta imposible transmitir a los paciente, es decir, 'lenguajes privados' como los que discute Wittgenstein, existen empíricamente, con referentes privados. Los términos en ellos, se podrían comparar a las frecuencias de onda de las notas musicales: la cota máxima y mínima asequible del elemento se deshace y no son comunicables a 'otro usuario'. En términos del lenguaje público, el acuerdo para seguir unas reglas sobre esos usos de los elementos se deshace en estos 'lenguajes privados' de las esquizofrenias, y también las reglas de cómo generarlos. En conjunto, se disuelven todo tipo de reglas que posibiliten un "juego de lenguaje" cualquiera. En los chistes, lapsus, literatura o las teorías filosóficas se presentan neologismos frecuentemente, pero dando, a veces, sus reglas de uso o siguiendo pautas de generación de los mismos. El lapsus de un protagonista de Heine analizado por Freud, por ejemplo: "Mi pariente millonario... me trató famillionariamente" es un neologismo. Es decir que hay reglas públicas de formación de neologismos, sean o no logrados, obscenos o pueriles. Los verbos neológicos "sulpinar" o "alferir" no son descifrables sin explicaciones del paciente que, a su vez, difícilmente logra transmitir.



Enfrentándose a un continuo perceptivo, no aparece término alguno consensuado con otro usuario que pueda elegirse, acordarse, comunicarse. En los experimentos de asociación de palabras que se llevaron adelante en la Clínica de la Burghölzli, dirigida por E. Bleuler, el paciente tiene que comunicar las asociaciones que genera una palabra estímulo ¿cómo elegir una representación que integre todas las percepciones simultáneas que van unidas a ella? En estos experimentos aparecía la interceptación o blocking de la demencia precoz que subrayó C. Pereyra.

Al contrario del esquema anterior, el neologismo psicótico produce una R.P. que presume plena identidad con R.C. y difiere en el acuerdo:

$$\frac{\text{Representación palabra (neologismo)}}{\text{Representación cosa}} \neq \frac{\text{Representación palabra (otro usuario)}}{\text{Representación palabra (neologismo)}}$$

Sin entregar a un arreglo esa R.C. = R.P., porque no hay ‘otro usuario’, o, simplemente, no entender qué quiere decir ‘regla’, o porque no hay ‘un usuario’, la primera persona, —“no hay palabras para decir lo que me sucede”—, esta representación será siempre neológica. En la demencia final, suelen reaparecer episódicamente, ruinas de estas ‘lenguas neológicas’ generadas en el período de estado con síntomas positivos.

En otros términos, podría decirse que el proceso de demenciación se puede concebir como el paso de las representaciones de una serie, o finita —el conjunto de las palabras en uso— o infinita denumerable —el conjunto de las combinaciones posibles de esas palabras y las combinaciones posibles de esas combinaciones—, a un infinito no denumerable que transforma en neológicas también las palabras en uso, sin ‘otro usuario’ para seguir “arreglos”, acuerdos, cotas. Es decir, una desintegración de las representaciones, incluidas las que constituyen el Yo. Si en una escala microtonal no tiene lugar ni sentido “Fa”, tampoco lo tiene “Si bemol”, son otras reglas de juego. Pero el paciente no puede consensuar nuevas reglas de juego para su ‘escala’, su regla de juego de lenguaje. Esto es, en verdad, lo que los clínicos, justamente, intentamos hacer cotidianamente al escuchar y registrar el uso de sus neologismos, las resonancias de ellos en la historia del paciente y las circunstancias en que son proferidos ciertos neologismos, encontrar un ‘arreglo’ con él acerca de qué significa, aproximativamente, el verbo “sulpinar” por ejemplo.

Recordemos que el grupo etario general, tanto para Kraepelin como Bleuler, del grupo de las demencias precoces o esquizofrenias es la adolescencia. Es decir, un momento de metamorfosis del organismo por el desarrollo de las gónadas, que afecta aquel ‘cuerpo’ que, dificultosamente, se había discernido en el neonato como unidad separada y distinta del mundo exterior y el cuerpo de su madre. Un momento en que, entre muchas cosas, la imagen corporal en el espejo, la identidad y unidad sufre una metamorfosis y con ella todo el compuesto inestable del Yo. Por esa metamorfosis real, el púber y adolescente literalmente ve otro en el espejo. La esquizofrenia simple, la más grave y dramática, no presenta mayores síntomas, llamados, ‘positivos’ —es decir, no presenta delirios, alucinaciones, neologismos— sino que, por el contrario, se instalan rápidamente las cuatro “A”, los llamados síntomas ‘negativos’, que producirán la demencia. En las otras esquizofrenias, los delirios son cambiantes —hoy el Yo es Jesucristo, mañana es Napoleón, luego un alienígena—, y las alucinaciones muestran cómo una desintegración de las representaciones, impacta en la percepción y la diferenciación entre mundo

interno y externo. Es decir, mientras diversos yoes emergen en cambiantes delirios, simultáneamente se deshace la diferencia entre el mundo exterior percibido y lo alucinado, el cuerpo se auto percibe como desmembrado, la unidad corporal se deshace. Una verdadera desintegración del aparato psíquico en tiempo real. Como en el ejemplo del espejo de Robinson y Funes, ya no se sabe si acaso no hay memoria o no hay un sujeto de esa memoria o hay una memoria sin sujeto. En este contexto utilizar la noción, muy usada actualmente, de “déficit cognitivo” parece una broma trágica. Muy pertinente para las demencias orgánicas, en esta demencia cabe preguntarse: ¿Déficit cognitivo de qué sujeto cognoscente?

Este es el sentido fundamental de la insistencia de C. Pereyra sobre que las investigaciones se centren en el grupo de la adolescencia cualesquiera sean sus hipótesis etiológicas. Al ser la pérdida de los elementos discretos que pudieran realizar un acuerdo, como el otro, el uno, las reglas el lenguaje, puede denominarse demencia psicógena. En las afasias de origen orgánico, hay un usuario, Yo o sujeto, que registra perfectamente y comunica la pérdida de nombres, su falta de reconocimiento de objetos cotidianos, de los acuerdos y reglas del uso del lenguaje, y también en el inicio de la demenciación orgánica.

En términos clínicos, podemos suponer el estado demencial como una destrucción de representaciones con todas sus consecuencias: sin un Yo, un cuerpo, una memoria sin quién pueda recordar, es decir un paciente atónito ante un Continuo perceptivo donde ni él ni el mundo se disciernen entre sí. Si nuestra afirmación de la existencia de demencias psicógenas es acordada, a posteriori, otras demencias pueden ser investigadas como posibles casos de demencia psicógena. Por ejemplo, no hemos mencionado otra demencia, llamada “precocísima”, descrita por Sante De Sanctis de existencia consensuada en la Psicopatología como así también las esquizofrenias infantiles. Igualmente, algunos casos graves de veteranos con Neurosis de guerra, hoy llamada estrés postraumático, que pueden evolucionar a un estado de demenciación, ya que es generalizado en estos casos la afirmación de los pacientes de que son “otros” a quienes fueron a la guerra o que ellos “murieron” en la guerra (el Yo previo) y ahora no se reconocen, no saben quiénes son: el grupo de representaciones armónicas que, según Herbart, son el Yo. Las enormes dificultades para expresar en palabras lo que vivieron y lo que sienten, la sensación de no poder ser entendidos por nadie y la alta frecuencia de suicidios, como en las esquizofrenias, haría sospechar que cuando evoluciona a la demencia, ésta pueda ser psicógena. Hay que mencionar también otros casos que podrían desarrollar ‘demencias psicógenas’: las patologías derivadas de personas que han sido objeto de tormentos en campos de concentración. Tanto sean éstos los tormentos más conocidos, o los más sofisticados métodos de tortura diseñadas premeditadamente para evitar la letra de los tratados internaciones, bajo el eufemismo de “Protocolos de interrogatorios mejorados” con deprivación del sueño y otros tormentos psicológicos diseñados ad hoc.

No hemos dado por ciertas las teorías de Freud. Lo hemos tomado por ‘caso’ entre otros exponiendo las versiones de Freud de 1900, ‘la huella mnémica’, y cómo afronta el lenguaje esquizofrénico en 1915 con la ‘representación cosa’ y la ‘representación palabra’. En 1920, basándose en los sueños de las “neurosis de guerra” falsea su hipótesis de que todo sueño es un cumplimiento de deseo y postula una pulsión de muerte que se caracterizaría por desintegrar unidades, ligazones y combinatorias psíquicas. Pero no considera la destrucción de representaciones sino la imposibilidad del ex combatiente de representar el trauma

experimentado o ‘ligar energía’ utilizando su modelo energético. Podría haber desplegado esa argumentación para las esquizofrenias, pero no lo hace. Continúa con sus ‘mecanismos de defensa’ que implican una dificultad teórica: la del ‘agente’ de esa defensa en las esquizofrenias. ¿Qué Yo? ¿Qué sujeto? Excede el marco de este trabajo esa compleja polémica que implicaría exponer los problemas que generan a Freud sus propios modelos teóricos económicos y tópicos.

#### 4. Conclusiones

Recapitulando, no solo las sensaciones —que se discuten clásicamente como ‘tener un dolor’ o el ‘susto’ (Wittgenstein, 1938; Villanueva, 1979)—, sino que el discernir mismo de la percepción y por supuesto, la memoria e identidad, dependen de lo público psicogenéticamente. El lenguaje es público en la infancia, pero deja un resabio privado y de “usuarios privilegiados”, en el uso del lenguaje adulto. De modo que la Representación cosa, perduraría como referente de un lenguaje privado, interior, no transmisible; y la Representación palabra permite el acuerdo de un lenguaje con sus reglas de uso, es decir público. Estos son todos iguales con relación al lenguaje público, mas no en su capacidad de acuerdos específicos para entender ese resabio de lenguaje privado, esos ‘modismos’ de familia que todos hemos experimentado y pocos entenderán fuera del grupo de usuarios específicos. Este perdurar también los ubica en lugares distintos de validación. Por ejemplo es frecuente, que ante la posibilidad de paramnesias del paciente, el terapeuta se encuentre en la situación de pedir validación o no de lo que podrían ser ‘falsos recuerdos’ o no a los parientes o allegados.

El eco de la dimensión constructiva genética sería, desde esta perspectiva, la fuente del ‘dialogo interior’ y de la aparente verosimilitud de la existencia del lenguaje privado. La tragedia del demente es que, incluso su propia representación corporal queda librada a la representación cosa. Siguiendo la comparación matemática, un tratamiento clínico del neologismo sería la puesta en público de un continuo representativo neológico, acotándolo, tornándolo discreto y buscando un acuerdo de uso que, además, pudiera detener la desintegración.

La ilusión de lenguajes privados proviene del eco de esa adquisición del lenguaje, de las voces con que aprendieron a hablar, de los términos y modismos de sus criadores. También sufren ‘lenguajes privados’ otras patologías menos graves, ‘voces y mandamientos en su cabeza’ en el caso de los pacientes obsesivos; voces alucinadas en las psicosis, fragmentos formados en su crianza de donde provienen sus primeras palabras que ordenan y discriminan el continuo perceptivo. Por eso hemos utilizado el término “usuarios privilegiados”: si dudamos de la realidad de un recuerdo infantil acudimos a un hermano, nuestros padres o abuelos para preguntar: “¿eso sucedió?” El nombre de una comida de nuestra infancia o de un juguete que utilizamos. Pero también en la formación científica acudimos a “usuarios privilegiados”, aquellos que nos formaron en la observación clínica o el pensamiento filosófico. Si escribimos en otro idioma requerimos la supervisión de alguien que consideramos más idóneo. En un niño que está adquiriendo el lenguaje incluso, sus criadores pueden identificar claramente cuándo ha adquirido una nueva palabra, ya que no se usa en su hogar.

Este hecho de “usuarios privilegiados” se replica en distintos niveles. Implícitamente, en toda nuestra exposición hemos estado renovando las propuestas de Ludwik Fleck (1935), quien destacó la importancia para la filosofía de la ciencia de investigar la formación científica que implica también la adquisición y uso de ‘lenguajes’ y la constitución de un universo discreto,

aprendido, en su área. En este mismo momento, escribimos pensando en qué diría, e incluso dialogamos internamente, con ese “admirado, y temido, profesor de Filosofía de las Matemáticas” al que nos referimos al principio del trabajo y otros ‘usuarios’ que, conscientemente, consideramos usuarios privilegiados por su formación y producción. “Usuarios privilegiados” sin duda, en comparación a lo que pueda criticarnos o aportarnos algún alumno en formación. Agreguemos, además, con Fleck nuevamente, qué poco se debate sobre el ‘entrenamiento perceptivo’ de cualquier área de la ciencia: para un filósofo puede no ser discreta la diferencia entre un “hombre feliz” y un maníaco; para un psicólogo clínico, una tomografía axial o las imágenes de un microscopio son un Continuo indiscernible. Especialmente en la clínica, se ha menospreciado la dificultad de la ‘observación’: formar un clínico, entrenar su percepción de elementos discretos en la masa de fenómenos patológicos presentados de diversas formas en cada paciente en particular, lleva muchos años.

Una consecuencia de esta posición, implica poner en entredicho toda consideración sobre la relación de conocimiento como una relación cerrada sujeto-objeto, completamente generalizada en la Filosofía. El objeto, el ‘eso’ de la definición ostensible que hace discreto cierto elemento, siempre es un “arreglo” entre usuarios, entre al menos dos sujetos, detrás de los cuales perviven a su vez al menos, obviamente,  $1+\dots+n$  usuarios que los formaron. A posteriori, un acuerdo de toda una comunidad. La práctica científica es inevitablemente una actividad colectiva.

En el siglo XIX la comunidad médica internacional era escéptica a considerar la existencia de un ‘ente’, los “microorganismos”, seres monstruosos e invisibles culpables de todo tipo de patologías. Hoy ese universo es tan discreto que distinguimos, bacterias, virus, parásitos y contamos con especialistas en Bacteriología, Virología, etc. Inversamente, en la misma época E. Mach se afanaba por eliminar definitivamente de la Física otro ‘ente’ que se suponía cierto y existente: el Éter cósmico. Como puede deducirse del conjunto de nuestra exposición, postular que el universo es un Continuo con el cual lidiamos colectivamente proponiendo entes discretos que otros repudian, corrigen o reelaboran, conduce a sostener también que toda ontología en cualquier área de la ciencia es provisoria. Esta conclusión es, a la vez, un correlato al ‘realismo’, ‘empirismo’ y ‘racionalismo’ “críticos” del criticismo postkantiano, es decir, realidad, empírea y racionalidades siempre provisorias, y hasta donde entendemos un correlato consistente con el falsacionismo sofisticado.

## Referencias

- Abely, P. (1930). El signo del espejo en las psicosis y más especialmente en la demencia precoz. *Annales Médico Psychologiques*, I, 28-36. Reditado en *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 17\*(62), 299-304. <https://www.revistaaen.es/index.php/aen/article/view/15538/15398>
- Argañaraz, J. (2020). La filosofía crítica realista postkantiana: Una tradición desdibujada de Herbart a Popper. *Epistemología e Historia de la Ciencia*, 5(1), 41-58. <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/afjor/article/view/30239>
- Ayer, A. (1979). ¿Puede haber un lenguaje privado? En Villanueva E. (Ed.), *El argumento del lenguaje privado* (pp. 63-76). México: UNAM. (Obra original publicada en 1954)

- Bleuler, E (1993). *Demencia precoz. El grupo de las esquizofrenias*. Buenos Aires: Ediciones Hormé. (Obra original publicada en 1911)
- Borges, J. L. (2021). *Borges: el misterio esencial*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Borges, J. L. (1974). Funes, el memorioso. En *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé editores. (Obra original publicada en 1944)
- Cabanchik, S. (1993). *El revés de la filosofía. Lenguaje y escepticismo*. Buenos Aires: Biblos.
- Freud, S. (1900). *La interpretación de los sueños*. En *Obras Completas*, vols. 4–5. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1914). Introducción del narcisismo. AE, 14, En *Obras Completas* (vol 14, pp. 65 – 98). Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1915). Lo inconsciente. En *Obras Completas* (vol 14, pp. 153–214). Buenos Aires: Amorrortu editores. AE, 14, 153 – 214.
- Freud, S. (1923). El yo y el ello. En *Obras Completas* (vol 19, pp. 1–66). Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1932). En torno de una cosmovisión. En *Obras Completas* (vol 22, pp. 146–167). Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Gesell, A. (1925). *The Mental Growth of the Pre-school Child: A Psychological Outline of Normal Development from Birth to the Sixth Year, Including a System of Development Diagnosis*. Macmillan.
- Ginzburg, C. (2004). *Tentativas*. Rosario, Argentina: Prohistoria Ediciones.
- Gödel, K. (1981). ¿Qué es el problema del continuo de Cantor? En *Obras completas*. Madrid: Alianza editorial. (Obra original publicada en 1962)
- Griesinger W. (1845, 1997). *Patología y terapéutica de las enfermedades mentales* (2 vols.) [primera edición en castellano]. Buenos Aires: Polemos editorial.
- Herbart, J. F. (1936). *Pedagogía General derivada del fin de la Educación*. 2a. edición. Madrid. Ediciones La Lectura. (Obra original publicada 1806)
- Herbart, J. F. (1825). *Psychologie als Wissenschaft, neu gegründet auf Erfahrung, Metaphysik und Mathematik*. Zweyter, analytischer Theil. Königsberg: Unzer.
- Iommi Amunátegui, G., & Schiavetti Rosas, M. (2016). El espacio en Leibniz: número y relación. *Revista De Filosofía*, pp. 85–101. (Obra original publicada en 1985). <https://revistafilosofia.uchile.cl/index.php/RDF/article/view/44275>
- Kanner, L. (1943). Autistic disturbances of affective contact. *Rev Nervous Child*, N° 2, pp. 217-250. Traducción comentada a cargo de Bellone Cecchin, M. E. (2021) [inédito].

- Kant, I. (2009). *Sobre Pedagogía*. (O. Caeiro, trad.). Córdoba: Editorial Universidad Nacional de Córdoba y Encuentro Grupo Editor. (Obra original publicada en 1787)
- Kraepelin, E. (1996). *La demencia precoz* (Tomo 1° y 2°). Buenos Aires: Ed. Polemos. (Obra original publicada en 1893)
- Leuchter, E. *Ensayo sobre la evolución de la música en occidente*. Buenos Aires: Ricordi. (1981).
- Mach, E. (1925). *Análisis de las sensaciones*. Madrid: Daniel Jorro editor. (Obra original publicada en 1886)
- Mach, E. (1948). *Conocimiento y Error*. Buenos Aires: Espasa Calpe Argentina. (Obra original publicada en 1905)
- Pereyra C. R. (1965). *Esquizofrenia. Demencia Precoz*. Buenos Aires: Editorial Salerno. (Obra original publicada en 1944)
- Villanueva, E. (1979). *El argumento del lenguaje privado*. México: UNAM.
- Villanueva, E. (1984). *Lenguaje y privacidad*. México: UNAM.
- Wittgenstein, L. (1968). II: Notes for Lectures on «Private Experience» and «Sense Data». *The Philosophical Review*, 77(3), 275-320. <https://doi.org/10.2307/2183568>
- Wittgenstein, L. (1987). *Observaciones sobre los fundamentos de la matemática*. Madrid: Alianza Universidad. (Obra original publicada en 1937)
- Wittgenstein, L. (1988). *Investigaciones filosóficas*. México: UNAM Editorial Crítica. (Obra original publicada en 1953)
- 

## Declaraciones

**Conflictos de interés:** El autor declara que no existen conflictos de interés.

**Acceso abierto:** En todos los lugares donde aplica, esta obra está bajo una licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0). En consonancia con los términos de dicha licencia, los derechos de autor son de los autores. Una copia de la licencia se puede obtener visitando el sitio <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>  
Las licencias de las imágenes de terceros incluidas en los artículos pueden estar sujetas a otros términos; los autores son responsables de asegurar la veracidad de su origen, la información de la fuente original provista y su permiso de reproducción en esta publicación, que puede ser exclusivo.